

La labor de Sergio Galindo*

Margo Glantz

Estamos reunidos esta noche para entregar el Premio Bellas Artes de Literatura en el género de novela, "Mariano Azuela", al escritor Sergio Galindo, autor de una obra larga y fecunda que se ramifica en varias direcciones. Mi amistad con Sergio me obliga a personalizar esta breve introducción que expongo como titular de la Dirección de Literatura de este Instituto, del cual él fue Director General.

Sergio estuvo al frente de la colección *Ficción* y de la revista *La Palabra y el Hombre* en Xalapa, su ciudad, pues allí nació en 1926. Mi primera cercanía con él fue en ese ambiente, en la casa enorme y antigua donde Sergio vivía con sus hijos que iban naciendo y donde doña Berta, su madre, y doña Berta su hermana, se me aparecen mezcladas en la memoria, entre la bruma y la humedad ligeras de Xalapa, reminiscencias de la terrible bruma neblinosa que envolverá más tarde la escritura de *El Bordo* publicada en 1960.

Sí, Sergio dirigía la colección *Ficción*. Gracias a él se publicaron autores fundamentales, algunos

ahora célebres y no sólo célebres sino galardonados con el Nobel. Cuando mucha gente aún se reía con sorna de las aventuras de Aureliano Buendía unidas a la interminable escrituración dirigida a los generales colombianos, Sergio publicaba *Los funerales de la mamá grande* de García Márquez y *El diario de Lecumberri* de Álvaro Mutis, el teatro de Emilio Carballido y el de Luisa Josefina Hernández, los textos de Rosario Castellanos, Lolita Castro, Jaime Sabines, Eraclio Zepeda, los cuentos de José de la Colina y Juan Vicente Melo, *El doctor y los demonios* de Dylan Thomas, los de Max Aub, y los de Cardoza y Aragón y claro, ¡cómo podían faltar!, los cuentos de José Revueltas, nada menos que *Dormir en tierra*. La brillante labor editorial, generosa, profética de Sergio tenía su continuidad lógica en la revista. *La Palabra y el Hombre* llegó a constituirse en una institución: eran los tiempos del Rector Aguirre Beltrán por quien Sergio llegó a Xalapa de nuevo y después los de Fernando Salmerón, rector también, más tarde.

Yo veía a Sergio en Xalapa, cada vez que mi amistad con los Sánchez Macgrégor me llevaba a visitarlos, dos o tres veces al año, visitas que siem-

* Agosto de 1984.

pre desembocaban en casa de Sergio y en largas conversaciones.

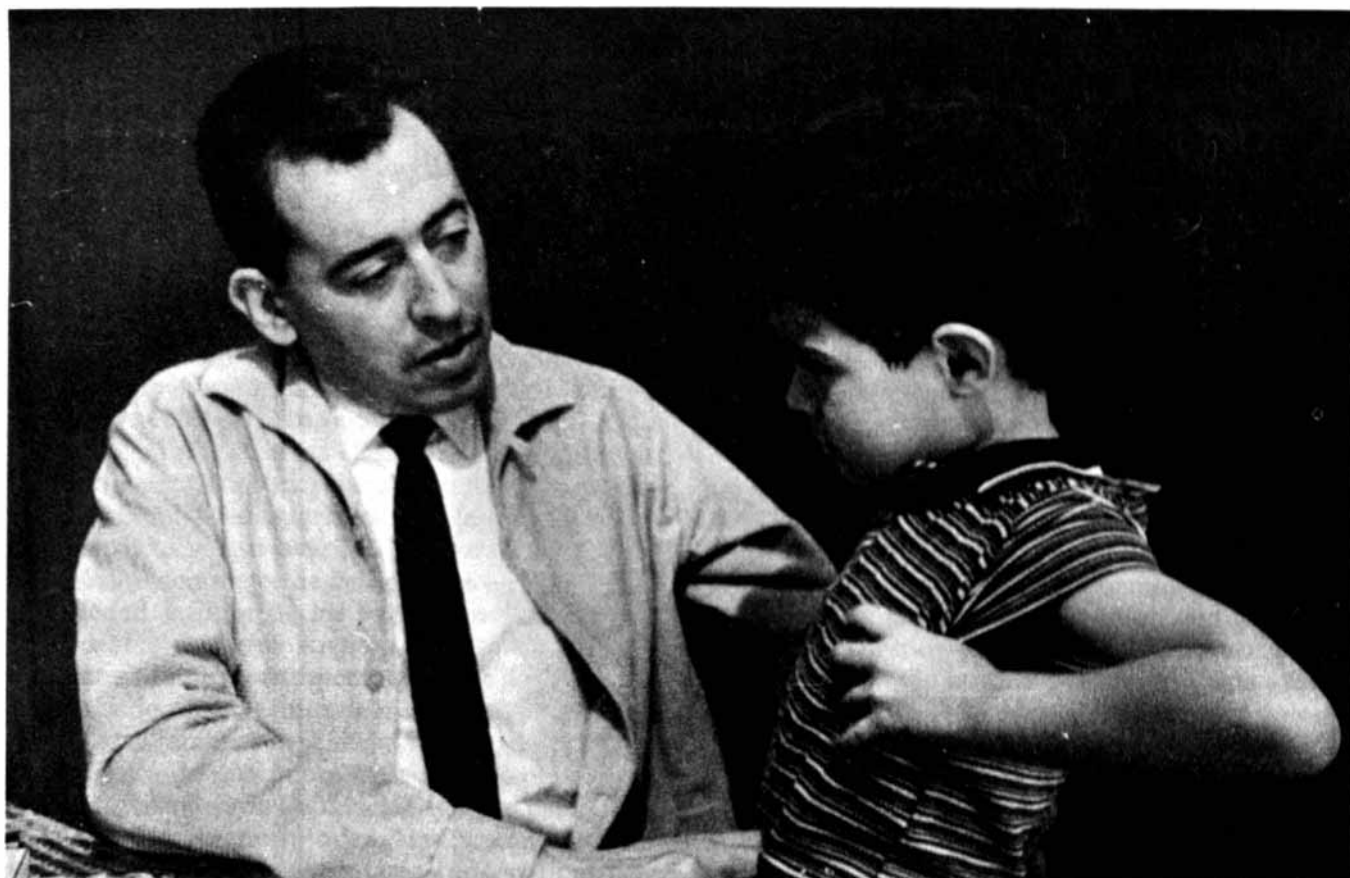
Pero no termina aquí mi relación, también tuve, a través de él, una relación frustrada con *Ficción*, hice un contrato, recibí un adelanto, 1 000 pesos constantes y sonantes y cuando él dejó la editorial yo, confieso, nunca entregué el texto, deuda perpetua que pienso saldar ahora con la nueva *Ficción* de Sergio si él, me la acepta, luego de convertir con sabiduría ejemplar aquellos 1 000 pesos pasados en pesos actuales y quedarle todavía a deber.

En 1960 se fundó la revista *El Espectador* con un consejo de redacción entre los que se contaba a Carlos Fuentes, Víctor Flores Olea, Jaime García Terrés, Francisco López Cámara, Henrique González Casanova, Luis Villoro, y ellos me pidieron que hiciese una reseña de *La justicia de enero* que acababa de aparecer en la colección Letras Mexicanas del F.C.E. Puedo decir que recordaba apenas la conexión entre la novela y su autor y que después de varios esfuerzos infructuosos logré pergeñar un texto miserable que se corrigió mil veces y que desgraciadamente nunca llegó a la imprenta, con lo que mi frustración es infinita pues hubiera entrado a las letras mexicanas por la puerta grande de una reseña en honor de un libro de Sergio. Pero las cosas tienen un destino: en 1961 inicié un curso muy particular en la preparatoria número 5, Coapa, que entonces estaba situada totalmente en el despoblado y que por ese mismo hecho aún se permitía muchos experimentos y renovaciones. El licenciado Pous me sugirió que impartiera allí unos seminarios de literatura mexicana que tenían más o menos encubiertamente la forma de un taller. Asumí el curso en el que había muchachos que ahora son sólidos e importantes profesores y científicos, recuerdo a algunos: Álvaro Matute, Felipe Reyes, Víctor Toledo. Empezamos el curso leyendo *Polvos de arroz*, la primera novela corta o el primer cuento largo de Sergio, también el número 1 de la colección de *Ficción* en 1959. Empezábamos con buen pie: la lectura del texto produjo un gran alboroto entre los muchachos y, las discusiones se prolon-

garon varias semanas hasta que les puse fin obligándolos a escribir cada uno un texto. De ese experimento y de la estupenda partera que resultó ser Camerina Rabasa, la solterona de *Polvos de arroz* dimos a luz un texto que publiqué con grandes esfuerzos, ayudada por Huberto Batis; al año siguiente, ya provista del secreto esencial intenté hacer lo mismo y como resultado produjimos otro folleto. Después salí de la preparatoria y en la Facultad de Filosofía y Letras, en mis cursos de literatura mexicana, analicé varias veces ese texto y muchos otros de Sergio Galindo. Desgraciadamente, nunca escribí un texto sobre ellos, ahora es mi oportunidad para resarcirme de esa falta, esta oportunidad que me permitió releer toda la obra de mi amigo y admirar de nuevo su inteligencia, su eficacia narrativa, su lirismo, su fantasía, su capacidad para dejarnos tras de la bruma y sin embargo atravesarla, con lo que los lectores nos sentimos como nuevas Alicias transportadas a Xalapa, o a Perote viviendo con esos extraños personajes que salen de una hacienda y reaparecen de la nada para acabar convertidos en hombres de los hongos, duplicados ampliamente por la escritura y el dibujo alucinante de Leticia Tarragó. Hasta en *El Bordo*, cuyas sólidas figuras femeninas luchan contra la bruma, y los hombres contra esas mujeres definitivas que los destruyen como el clima, uno va entrando en la realidad de una casa burguesa de tradiciones y en los que la fuerza es un espejismo, y en las que el gozo es legítimo pero incompetente porque la niebla se lo come todo y abandona cualquier relación coherente con lo concreto y lo eficaz. La única eficacia verdadera es la que produce el texto y la que dibuja a los personajes tan claramente que a pesar de la niebla recordamos con precisión el broche de perlas cultivadas que Lorenza le pone a Teresa pocos minutos antes de que llegue Hugo recién casado con Esther. No quiero alargarme, José Luis Martínez hará una muy completa y profunda explicación de estos textos que yo menciono al desgaire; sin embargo, no quiero terminar sin subrayar de nuevo la importancia de la labor de Sergio Galindo no sólo

en el campo de las letras donde tiene ya asegurado un sólido lugar ¿no es la prueba de esta noche y la edición de *El Bordo* en la colección de Lecturas Mexicanas, entre muchas otras más?; la labor de Sergio, insisto en mencionarlo, en la promoción de la cultura y las ediciones, su persistencia en mantener *Ficción*, su capacidad para aquilatar la importancia de autores que no eran conocidos y tenían futuro que ahora vemos consolidado, revelan un ojo avizor, inteligente, afinado, profético y una valentía ejemplar pues son pocos los editores que se

aventuran a publicar a los no conocidos y son menos aún los editores que saben ver hacia el futuro y descubrir quiénes son los que destacarán. . . Es muy importante mencionar además, y sobre todo en este recinto, la labor fina y cuidada que Sergio realizó en el Instituto Nacional de Bellas Artes donde estuvo cumpliendo varias funciones para culminar en la Dirección General. Lo felicito, me congratulo de haber estado en esta ceremonia y le cedo la palabra a José Luis Martínez. Muchas Gracias.



1967.— En México, con su hijo Manuel.

